



ÓSCAR VELÁSQUEZ, *BREVE TRATADO SOBRE LA NATURALEZA TRASCENDENTAL DEL COSMOS*. 178 PP. SANTIAGO DE CHILE, 2015: EDITORIAL UNIVERSITARIA.

Prof. Dr. Rodrigo Frías¹

Pontificia Universidad Católica de Chile

El profesor Óscar Velásquez es un reconocido especialista en Filosofía Antigua, en general, así como, en Platón y el platonismo en particular. Su trabajo académico se ha destacado sobre todo en el campo de las traducciones, comentadas, de autores como Platón (*Banquete*, *Timeo*, *Alcibiades*), el Pseudo-Jenofonte (*La república de los atenienses*), Aristófanes (*Las nubes*) y Horacio (*Arte poética*), aunque sus estudios sobre Platón (v. gr., sobre la *República* y el *Timeo*) resultan igualmente interesantes y útiles.

El libro que ahora reseño, sin embargo, no es ni una nueva traducción ni un nuevo estudio dedicado a algún tema o autor antiguo, sino que se trata de un *ensayo filosófico* en la que Velásquez se propone ofrecer su propia visión del problema de la *naturaleza trascendental del cosmos*. Se podría pensar, en este sentido, que se trata de un libro importante para su autor, que una vez que ha dejado la docencia universitaria -dedicada, por más de cincuenta años, traducir e interpretar pensadores clásicos- ha decidido arriesgarse a hablar en primera persona sobre un problema tan arduo, además, como el propuesto. ¿Se ha tratado de un esfuerzo logrado, que con justicia vendría a sumarse a sus trabajos académicos previos y, en cierto sentido, a coronarlos? No es fácil responder a esta pregunta y seguramente requiere un análisis ponderado de diversos factores, aunque antes de ofrecer mi opinión al respecto veamos de qué se trata este libro, cuáles son sus partes y cómo las aborda el autor, es decir, cuál es la metodología que sigue.

¿De qué se trata este ensayo?, es decir, ¿a qué se refiere el autor con la naturaleza trascendental del cosmos? A varias cosas, aunque, en mi opinión, todas ellas íntimamente relacionadas con lo que desde antiguo se llama *metafísica* y que, más recientemente, se ha usado en denominar *onto-teo-logía*. En efecto, lo que el autor se propone dilucidar es no sólo la cuestión de la relación del hombre con la realidad (cómo se da y cuáles son sus niveles y formas), sino que, en el extremo, diría, superior de su argumentación, mostrar la existencia misma de Dios. No se trata, sin embargo, de dos cuestiones aisladas o que sólo se relacionen de un modo puramente formal, precisamente porque la orientación general del ensayo es la de

¹ Profesor Adjunto. Instituto de Filosofía. E-mail: rfrias@uc.cl

mostrar hasta qué punto un análisis detallado de las diversas formas en que la razón (ontológica, trascendental o deificante) se abre a la realidad llevaría, de un modo casi inevitable, a la constatación de la existencia de Dios. Así, la radical tesis de fondo es la de la intrínseca vocación de la razón (que también es, siempre, lenguaje) a la Trascendencia.

Se trata, como es evidente, de un tema de gran resonancia filosófica, cuya elección deja en evidencia lo ambicioso del proyecto. Los numerosos capítulos del texto están, en este sentido, plenamente justificados. El texto no se abre con una Introducción sino que se entra de lleno en el argumento, en particular analizando (primer capítulo) un tema tan importante como el del lugar del hombre en la realidad espacio-temporal y los modos en que la razón se configura en orden a alcanzar la trascendencia. En el segundo capítulo se verifica el primer recurso de Velásquez a filósofos modernos, como Levinas, Nietzsche, Hegel y Heidegger (cosa que vuelve a ocurrir en el quinto capítulo, esta vez a propósito de la teología de Kant), para dar paso, ya en el tercer y cuarto capítulos, a la formulación, un poco más decantada, de la propia visión del autor sobre el problema de la trascendencia del cosmos; lo hace, sin embargo, siguiendo muy de cerca tanto el lenguaje como las tesis del platonismo. Lo mismo ocurre en los capítulos seis, siete y ocho, donde asistimos a una reformulación de las tesis personales del autor. Desde el capítulo primero al octavo, en este sentido, el texto avanza en espiral, en un doble registro (filósofos modernos/las ideas del propio autor), recuperando argumentos o estrategias hermenéuticas desarrolladas en capítulos previos. Los capítulos nueve y diez, en cambio, constituyen una línea nueva, en el sentido que en ellos se pretende aplicar lo ganado previamente usando como textos de análisis el *Agamenón* de Esquilo y la *Eneida* de Virgilio. Por último, el volumen se cierra con un epílogo sobre el tiempo verbal y la trascendencia.

Es comprensible, por lo mismo, que el autor se sirva de la ayuda de numerosos autores para el desarrollo de su argumentación. Conviene no perder de vista, de acuerdo a lo ya señalado, sin embargo, la necesidad de distinguir entre aquellos filósofos (Hegel, Kant, Nietzsche, Levinas, Heidegger) a los que Velásquez recurre instrumentalmente con el propósito de identificar la presencia de un determinado argumento, útil a su proyecto onto-teo-lógico, de aquellos otros en los que el autor encuentra no sólo una ayuda auxiliar sino la formulación misma de aquello que intenta dilucidar (ante todo Platón, particularmente el Platón del *Timeo*, cuyo lenguaje y sistema de pensamiento Velásquez adopta ampliamente). Son, en efecto, dos grupos de autores bien diferenciados, a los que hay que agregar un tercero, compuesto por poetas de la antigüedad clásica (Esquilo y Virgilio) a los que Velásquez, como he indicado, dedica sendos capítulos. Pero también nuestro autor se sirve de otro tipo de ayuda, complementario, en orden a la clarificación del argumento de la



trascendencia del cosmos, ya no de carácter filosófico o poético sino filológico (terreno en el que Velásquez se mueve con facilidad, tomando en cuenta que dedicó parte de su inicial carrera docente a la enseñanza del griego y el latín): se trata, en palabras del propio autor, de “referencias al proto-indoeuropeo, al lenguaje de lo trágico, al griego homérico y el latín de Virgilio, juntos a algunas referencias a la gramática y sintaxis griega y latina” (p. 162) que permitirían, precisamente, mostrar la capacidad del lenguaje para denotar el mundo y, al mismo tiempo, trascenderlo.

Hasta aquí tema, partes y metodología del libro que reseño. Se impone, ahora, en cambio, volver a la pregunta del inicio: ¿se ha tratado de un esfuerzo logrado, que con justicia vendría a sumarse a los trabajos académicos previos del autor y, en cierto sentido, a coronarlos?

Desde luego que es algo digno de elogio que quien se ha dedicado a la filosofía por tantos años crea que es importante no sólo explicar o enseñar lo que otros piensan, por importante que ello sea (es lo que hacemos gran parte de quienes nos dedicamos a la filosofía) sino, sobre todo, atreverse a publicar lo que ha pensado por y desde sí mismo. En particular si la forma elegida para esa manifestación del propio pensamiento es un ensayo (que con ello se reivindica cómo género filosófico legítimo) y no un artículo o libro científico. Desde este doble punto de vista (hacer escuchar la propia voz, usando el género del ensayo) pienso que hay que celebrar la publicación de este libro, en el que se postula, además, una tesis atractiva y de innegable acerca del carácter intrínsecamente metafísico de la razón humana.

La dificultad surge, sin embargo, allí mismo donde radica su valor: pues es más difícil escribir un buen ensayo que un correcto texto científico. En mi opinión Velásquez se ha arriesgado a este *cambio de registro* aunque con un resultado menos logrado al que alcanza frecuentemente en sus trabajos científicos. Señalo tres aspectos.

En primer lugar, el estilo. Resulta, en efecto, un poco complicado e, incluso, a ratos, esotérico, como si estuviera no tanto exponiendo una reflexión personal cuanto aludiendo a una doctrina para cuya comprensión un lector atento, aunque no iniciado, carece de las necesarias claves hermenéuticas. Es evidente que el estilo del ensayo permite ciertas licencias, incluso poéticas, que Velásquez aprovecha oportunamente, aunque la claridad en la exposición del argumento debe ser, seguramente, el criterio que marque el límite al uso legítimo de ese tipo de recursos. No siempre sucede así. Cito un breve pasaje como ejemplo de este estilo en el que a veces incurre el autor y que, en mi opinión, dificulta innecesariamente una comprensión cabal del argumento: “Conformado cual totalidad, el cosmos es el mundo como realidad expresada en la magnitud de su espacio fluyente. Mas en tan inabarcable para nosotros, que la comprensión de todo esa inmensidad se topa con un inmenso desequilibrio. En efecto, conocemos del cielo lo que la luz

nos permite saber, de modo que el recorrido lumínico desde el allá hasta el aquí convierte a nuestro ahora en un pretérito. Vivimos nuestro presente en el pasado del mundo” (p. 41).

En segundo lugar, la estructura. El texto posee numerosos capítulos, que a su vez se dividen en párrafos, todo lo cual ayuda a procesar los múltiples argumentos desarrollados o aludidos en él. Habría sido muy útil, sin embargo, haber contado tanto una Introducción, en la que se ofreciera una anticipación general del sentido del texto, como una Conclusión, en la que el lector encontrara una exposición ponderada de los principales resultados alcanzados. Por otro lado, la transición entre los primeros ocho capítulos del libro y los dos siguientes (dedicados al *Agamenón* y la *Eneida*) resulta algo forzada, desaprovechando la magnífica idea de ofrecer una verificación de los conceptos de la primera parte en estas insignes obras de la literatura clásica.

En tercer lugar, por último, el uso que el autor hace de los filósofos. Me refiero, en concreto, a la diferencia en el nivel de rigurosidad con que se manejan los conceptos de los filósofos llamados en causa como auxiliares. Velásquez conoce perfectamente la obra de Platón y la visión del mundo en ella contenida, de modo que cuando la usa y adopta para expresar sus propios puntos de vista no incurre, evidentemente, en imprecisiones ni en generalidades desorientadoras, cosa que sí sucede a veces, en cambio, cuando recurre a filósofos como Kant, Hegel, Nietzsche o Heidegger. Lo más sorprendente, sin embargo, es que el propio Velásquez está perfectamente consciente de este uso deficiente o impreciso de estos filósofos modernos; él mismo admite, en efecto, que “no pretendía discernir la reflexión de otros filósofos en esta materia, razón por la que libremente he elegido de ellos a menudo pasos de sus obras que no son necesariamente representativas de su pensamiento en nuestro tema específico” (p. 85). ¿Cuál sería, entonces, el beneficio real de esas referencias?

En resumen. Este *Breve tratado sobre la naturaleza trascendental del cosmos* es interesante como ejercicio libre de la razón filosófica, que el autor, al publicarlo, está dispuesto a someter a la crítica académica. Dos motivos para celebrar esta publicación. En mi opinión es evidente, sin embargo, que el *cambio de registro* al que el autor se ha arriesgado —legítima aunque quizás innecesariamente, pasando desde el texto científico al ensayo filosófico— resulta desconcertante y termina, en parte al menos, por afectar la imagen general de su trabajo.